

Fearless:

Un plan perfecto

MARCELA CORNEJO

Durii

Este libro tiene
banda sonora



Eres mucho más de lo que ves,
eres mucho más de lo que crees…

Capítulo 1: Nuevos vecinos

Ese día me levanté con unas terribles ojeras bajo mis cansados ojos azules, no había podido pegar ojo en toda la noche gracias al «encuentro casual» que tuve con Mickel Garret la tarde anterior.

Mike era un compañero que iba a clase conmigo en la secundaria y, por algún extraño (y desconocido) motivo, se había obsesionado conmigo desde el primer día; llegaba un punto en que ese tipejo empezaba a rozar un severo acoso, pues me perseguía en todas las optativas, siempre se sentaba cerca de mí… ¡Incluso había escogido mi misma universidad!

Normalmente no me alarmaba demasiado, ese chico no solía hacer otra cosa que seguirme pero, por lo demás, era inofensivo, nunca antes había llegado tan lejos.

Resulta que al salir de mi última clase de Literatura Italiana, tras haber hecho un debate intenso, encontré al tipejo en cuestión esperándome en la mismísima puerta del aula; traté de esquivarlo e ignorarlo (como solía hacer siempre), pero su cuerpo, ligeramente más alto que el mío, me tapó el camino. No dijo absolutamente nada, sólo intentó besuquearme y, como resultado, terminó llevándose una bofetada sonora.

Empezaba a barajar seriamente la idea de denunciarlo a la policía porque, una cosa era que me siguiera (que eso ya daba bastante mal rollo), pero si había sido capaz de intentar besarme… ¿Quién me aseguraba que no querría llegar a más?

Necesitaba el consejo de una tercera persona, alguien que pudiera ver la situación con más perspectiva y de ese modo pudiera arrojar algo de luz a todo este lío, pero para mi desgracia, Lina, mi mejor amiga, estaba de vacaciones con su familia en Londres y no quería molestarla a menos que fuera una emergencia.

> *«¿Por qué demonios hay tanto jaleo? —pregunté para mis adentros, escuchando ruidos de muebles y cajas arrastrándose—. En esta planta no vive nadie más…».*

El miedo empezó a invadirme a pasos agigantados porque el piso de enfrente siempre había estado vacío desde que Lina y yo nos mudamos, nunca antes lo había ocupado nadie y, tras el incidente con Mike, algo en mi interior me decía que, probablemente, él hubiera llevado el acoso hasta el punto de llegar a mudarse.

«*No puede ser… debe ser una coincidencia…* ». —Traté de autoconvencerme de que mis temores no eran reales.

Empecé a escuchar voces masculinas, tonos que me resultaban demasiado familiares, y eso, en lugar de calmarme, aumentaba aún más mis pulsaciones, porque cada vez mis sospechas se acercaban más a la realidad y, ciertamente, no sabía cómo debía manejar la situación.

«*Beth… respira… —me recordaba a mí misma, apiadándome de mis pobres pulmones que no daban abasto—. En lugar de quedarte aquí pensando en lo peor, deberías enfrentar la situación y salir ahí fuera a comprobar lo que quiera que pase*». —Trataba de darme ánimos lo máximo posible, pero me temblaban las manos.

En un arrebato momentáneo de valentía, me atreví a girar la manecilla de la puerta, dispuesta a enfrentarme a ese dichoso acosador; pero, mientras observaba el panorama, me di cuenta de que en ese momento sólo estaban allí los operarios del servicio de mudanzas y, en realidad, no había rastro alguno de quien quisiera que se hubiera mudado.

Los trabajadores me observaban extrañados, seguramente se preguntarían qué demonios estaba haciendo una chica con un aspecto horrible mirándolos como si tuvieran tres cabezas; así que para no parecer una lunática, cogí las llaves del aparador, y decidí que aquel era el mejor momento para salir a comprar.

El paseo hacia el supermercado fue bastante breve, pues estaba a menos de cien metros de mi edificio, pero fue justo lo que necesitaba para despejar mi ajetreada mente.

¿Quién diría que un paseo entre las cámaras frigoríficas repletas de congelados podría ser tan terapéutico?

Volví con un buen arsenal de comida, suficiente para casi todo el mes, y mi humor había pasado de ser nefasto a poderse considerar dentro de los límites aceptables.

Estaba dentro del ascensor, esperando a que este decidiera cerrar con parsimonia sus puertas, pero en ese momento vi que alguien corría hacia las puertas que comenzaban a cerrarse y, como buena ciudadana, apreté el botón para que se abrieran de nuevo.

—Gracias. —El muchacho en cuestión me sonreía.

Era un chico alto de complexión atlética, cabello rubio revuelto y ojos cubiertos por unas gafas de sol.

Lo observé un par de segundos antes de que mis ojos se rindieran ante la obviedad…

¿Cómo podía no haberlo reconocido al instante?

¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de que ese chico era el mismísimo Axel Douglas, del que estuve enamorada toda mi adolescencia?

—Ah… ahora te recuerdo… Íbamos al mismo instituto. —Pareció caer en la cuenta él también cuando llegamos a nuestra planta.

—Eh… Sí, creo… —respondí poco segura, notando cómo mis mejillas empezaban a arder.

—¿Katherine? ¿Kassandra? —Entrecerró los ojos, tratando de probar suerte.

—Beth, Elisabeth Swan. —Traté por todos los medios de no dibujar una sonrisilla estúpida en mi cara.

—Cierto, cierto… —Se reía pasándose una mano por el pelo.

—¡Tío! —Del apartamento que estaba frente al mío, salió otro rostro conocido.

—¿Dónde mierdas te habías metido?

Se trataba de Jarek Nowak, el segundo chico más codiciado del instituto (después de Axel), y cuya fama de rompecorazones era bastante extendida. Era atlético y alto, tenía los ojos verdes, y, sobre su frente ligeramente bronceada, caían algunos rizos azabache.

—Estaba saludando a… —Me señaló sin decir mi nombre porque, como era de esperar, ya lo había olvidado.

—Elisabeth Swan —asintió él con los ojos muy abiertos—. Tranquila, prometo no pedirte más los apuntes de historia.

Ese chico tenía un atractivo magnético pero durante toda la secundaria fue un auténtico parásito, gorroneándome los apuntes de historia y pidiendo casi a diario los ejercicios prestados; era tremendamente inteligente para conseguir sus objetivos. Si hubiese usado una mínima parte de su intelecto para estudiar en lugar de para hacer el idiota, hubiera sido uno de los mejores estudiantes de la clase.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se mofaba de mí con su marcado acento.

A pesar de haber llegado desde Polonia en el colegio, su acento seguía siendo muy notorio, siempre supuse que sería porque hablaría en su idioma natal con su familia pero, para ser sincera, nunca me lo había planteado demasiado.

—Hasta luego —acerté a decir tras poner los ojos en blanco.

Pude escuchar cómo soltaba una carcajada con ganas mientras yo me dirigía a mi apartamento, creí escuchar a Axel regañarle ligeramente y, antes de que pudiera guarecerme en mi pisito, la voz de Jarek me frenó en seco, impidiéndome llegar hasta la puerta.

—¿Qué quieres? —bufé hastiada.

—Haremos una fiesta… podrías pasarte. —Su sonrisa era amplia.

—Paso. —Hice rodar mis ojos, tratando de apartarlo.

—Hace años que no nos vemos… tómatelo como un pago por todos los apuntes que me has prestado. —Seguía allí plantado, inamovible.

—No quiero que me pagues nada, gracias. —Me mantuve firme en mi posición.

—Oh… Me rompes el corazón. —Hizo un gesto dramático apartándose ligeramente.

—Desde luego… ya te vale, tío… —la voz de Axel regañando a su amigo fue lo último que escuché antes de cerrar la puerta de mi apartamento.

La idea de tener a Mike «el acosador» como vecino me parecía algo repugnante a la par que aterrador, incluso había pensado en acudir a las autoridades; pero, en cierto modo, habría sido mucho mejor que volver a encontrarme de frente con el maldito pasado.

Creía que mudándome a San Francisco podría alejarme de la secundaria en Sacramento de una vez por todas, huyendo felizmente de aquel amor imposible que jamás podría llegar a tener y permitiéndome empezar de cero.

Pero no, justo en el último curso de carrera, debía volver el pasado y, por si fuera poco, mi mayor pesadilla se había mudado al piso de enfrente; ya me resultaría difícil no babear cada vez que me encontrase con Axel, pero tener que soportar a su amiguito y sus comentarios era una dificultad extra.

> *«Míralo con perspectiva, Beth… —me susurraba mi conciencia—. Uno hace que te derritas de amor y el otro te provoca ganas de vomitar… es una mezcla que equilibra la balanza».*

Sí, la situación era tan extrema que mi decisión final fue aferrarme a aquella patética conclusión, por muy estúpido que pueda parecer.

—¿Me voy una semana y ya tenemos vecinos nuevos? —la voz de Lina se hizo muy aguda cuando le comenté la situación—. Es que… ¡No puedo creerme que Axel Douglas y Jarek Nowak sean nuestros vecinos!

—Yo tampoco puedo creerlo… —Cerré con fuerza los ojos—. Tanto tiempo queriendo huir del instituto y ahora…

—Ahora tienes la oportunidad de estar con tu amorcito… —su tono fue pícaro.

—No, eso no va a pasar—. negué rotundamente.

—Jarek te ha invitado a la fiesta… ¡Tienes que ir! —impuso sin hacerme caso alguno.

—Ni de broma. —Fui tajante—. Seguro que se trata de alguna bromita pesada, y no estoy de humor para aguantar a ese idiota.

—Es un idiota, estoy de acuerdo contigo, pero… ¡Es el mejor amigo de Axel! —su grito casi me deja sorda—. Puedes ver esto como una primera toma de contacto, para demostrarles que ya no eres la misma de antes.

—Oh, por favor… ¡Sigo siendo la misma pringada! —Me dejé caer en la mullida cama—. No pienso ir, paso de ser la comidilla de todo su grupo… Está decidido.

—Vas a dejar pasar la oportunidad de tu vida, espero que seas consciente de ello —sentenció.

—Y no me arrepiento de ello en lo más mínimo. —Me mantuve firme.

—A-BU-RRI-DA —separó todas las sílabas de la palabra.

Antes de que Lina se marchase a Londres, acordamos que nos llamaríamos todos los días y, normalmente, para ajustar nuestros horarios, ella siempre me llamaba a las diez de la noche, que en Londres serían las seis de la mañana del día siguiente.

Era un horario bastante cómodo, porque podía charlar con ella mientras terminaba de preparar mis cosas para el próximo día y así no me sentía tan sola.

—¿Quién narices llamará a estas horas? —Me puse en pie ataviada con un chándal cómodo.

—A lo mejor es tu enamorado… —me picaba mi amiga al otro lado del teléfono.

—Sí, claro… Por supuesto… —Puse los ojos en blanco mientras me dirigía a la puerta—. Luego te digo quién era, hablamos mañana.

—¿Piensas dejarme con la intriga? —Parecía ofendida—. No serás capaz…

—Te mandaré después un mensaje, tranquila. —No pude evitar sonreír ligeramente.

Cuando colgué el teléfono miré por la mirilla y, tras la puerta, se encontraba Jarek Nowak; vestía una camisa negra con los primeros botones sin abrochar y unos vaqueros oscuros.